

—Ya sé que no existe en la tierra otro hombre, como yo, tan anheloso de la libertad y tan sujeto á la servidumbre.

—Pues el medio único de conservar la libertad, hubiera consistido en quedarte allí donde todo poder tiene su asiento, en el palacio de los Médicis.

—Dejándolo á mi arbitrio, quedárame toda la vida; imponiéndomelo por fuerza, ni un momento.

—Pues voy á castigarte de veras, porque una ley escrita en los cielos y en la tierra, quiere que no haya falta sin pena.

—Cúmplase la voluntad de mi Prior.

—Si concluyeras esa obra, te encargara otra no menos importante.

—¿Dónde, señor, dónde?

—En el convento de Santa Margarita de Prato.

Filippo perdió la luz de los ojos á la percepcion sencilla de la respuesta, porque Santa Margarita de Prato era el monasterio donde se hallaba recluida Lucrecia Butti.

—¿Qué, qué habeis dicho?

Preguntó balbuciente.

—Ya lo has oido. Te preparaba una obra para Santa Margarita de Prato.

—Por Dios, exclamó Filippo, no me la negueis. Deseo componer algo para un convento de monjas que inspirarian seguramente á mi pincel con la hermosura, con la virtud, con el misterio.

Y la imágen de Lucrecia pasaba resplandeciente por las pupilas de los enardecidos ojos de Filippo, mientras decia esas palabras.

—¿Cómo quieres que prometa á persona humana tu trabajo, quien te vé saltar de un tercer piso por huir de cualquier aprension ó por realizar cualquier capricho, abandonando obra tan necesaria á tu nombre y tan provechosa á tu convento, como la decoracion al fresco de un camarín preciosísimo en la casa de los Médicis?

—Creed que en ese convento me encerraría ahora mismo, no digo por toda la vida, por toda la eternidad.

—Te conozco, picaron, te conozco.

—Creédmelo.

—Y tanto como lo creo; no has menester jurármelo.

—Convencido como estais de ello, hacedme feliz, padre.

—Como tienes esos relámpagos en vez de ideas, esos saltos en vez de pasos, esas emociones en vez de sentimientos, todo ese desórden de inteligencia y de vida, aun no has visto un claro cuando te lanzas por él, como te has lanzado por la ventana, á riesgo de romperte el bautismo. Veo deslumbrados tus ojos á la idea de pintar en un convento, porque te imaginas ¡picaron! allá, en tu nativa perversidad, en la exaltacion de tu carácter, en el

desenfreno de tus pasiones, que es un serrallo. Guárdate bien, si fueras, de faltarme, porque te entrego á la Inquisicion.

—Padre, padre, no me juzgueis tan mal por piedad.

—Las cosas claras, clarísimas. ¿Crees tú que á otro le dispensara yo todo lo que dispenso á tu inspiracion y á tu génio? Te engañas tristemente.

—Pues ya que tanto me dispensais, perdonad, perdonad, padre mio, mi último desaguisado, y concededme la autorizacion necesaria para pintar en el monasterio de Prato. Os lo pido por la memoria de vuestra madre, y por la Pasion de Nuestro Señor Jesucristo.

—Este muchacho, cuando quiere persuadir, se vuelve persuasivo, como un misionero.

—Solo busco allí las satisfacciones del arte, y solo me impulsa á ir el afan de crear. Quiero en aquellas paredes no manchadas por ojos profanos, bajo las líneas de aquellos arcos por donde vuelan las oraciones más puras que pueden salir del corazon, al eco de tantas voces angélicas, pintar entre nubes de nácar y arboles del ocaso la Virgen Madre ceñida de estrellas, entre ángeles cuyas manos sostengan esas guirnaldas, copias simbólicas de la cadena de oraciones que sostiene á manera de lámpara misteriosa nuestra baja tierra, colgada del azul zenit de los cielos.

—Poeta, artista, orador, vamos, capaz de convencer á un corazon tan rebelde como el mio, y de fingir los argumentos más difíciles para alcanzar los mayores imposibles.

—Habla el sentimiento incompatible con toda argucia.

—Pues como habla el sentimiento, calla la razon. Y por ende no puedes fundarme en argumento sólido que deba dar encargo alguno á quien ha abandonado el primero de mis encargos, y desoido la más vehemente de mis súplicas.

—Todo tiene remedio, como decirse suele, menos la muerte.

—Dime, pues, si hay manera de remediar el entuerto del palacio de los Médicis.

—La hay.

—¿Cuál?

—Volver á casa de Cosme; y lanzarme al cuarto con mi paleta y mi pincel, despues de haber hecho penitencia pública y pedido perdon.

—Te mandará con la música á otra parte.

—No.

—¿En qué fias?

—En mi humildad monástica y en su amor al arte.

—Buena humildad la tuya.

—El justo tropieza al día siete veces, y el artista setenta veces siete.

—Y cuando ese artista se llama Fra Filippo Lippi, setecientas veces siete.

